

*MARINA NUÑEZ DEL PRADO*

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

Ante una obra como la de Marina Núñez del Prado —donde la fuerza cumple una función de levedad, donde la tensión y la monumentalidad se transforman en gracia, donde la anécdota se funde en lo arquetípico— es inevitable la creencia en un arte con raíces y lineamientos estrictamente americanos. Porque esta mujer, que ha escogido la piedra como elemento de comunicación, ha logrado una hazaña de muy escasos antecedentes en este hemisferio: hacer del paisaje y del transcurso humano dentro de ese paisaje una voluntad de forma.

Estamos, pues, en presencia de una conciencia creadora enlucida con todos los atributos sacrificiales que conlleva ese asumimiento. Porque Marina Núñez del Prado ha hecho su periplo por el camino más largo: aquel en que cada ser, cada objeto, cada saliente del terreno, exigen quietud y curiosidad, amor lento, padecimiento compartido y honda mirada. Esta mujer se ha adentrado en las visceras de su raza y ha escuchado, absorta, un latido que tiene milenios de silencio y de enigma. Y ha logrado, asimismo, volver sabias sus manos para que sean dóciles en transmitir a la materia un sigilo, un frío de altura, una limpidez de aire, que carga a sus figuras de cierto misterio parecido a la amenaza. Porque esos torsos o esas masas de ónice, de madera o de pórfido, fueron modelados —más que por ella misma, más que por sus dedos— por el propio deseo de una geografía, por la íntima necesidad de un pueblo, por el ímpetu de una historia. Esas madres indígenas o esos animales esfíngicos o esos cuerpos yacentes tienen algo de dioses, no han logrado secar por completo el rocío con que se humedecieron en el mito. Mucho de sacerdotisa tiene Marina Núñez del Prado. Oficia con la piedra. Todo lo que sale de sus manos es venerable y remoto y nos transmite un orgullo tranquilo y una fecunda caridad por nosotros mismos. Regresamos de su escultura con nuevos ojos, con ojos purificados para ver, entender y descifrar nuestra circunstancia. Es la reveladora por excelencia. Cuanto ella nos señala con su índice escultórico queda rescatado y sirve, asimismo, para percutir sobre otras cosas que nunca, por limitación temporal, podrá señalarnos. Pero ha bastado eso, que haya modelado unas cuantas criaturas, para que todo el potencial expresivo de este hemisferio quede expuesto a la luz. Y eso es además de grandeza, es rigor aleccionante, es esperanza y amor coagulados en obra.